

ria y el error atraerán sobre él el caos primitivo de los pueblos incultos. Cada conocimiento que se oscurezca, causará la destrucción de un derecho justo y dará nacimiento á un monstruoso abuso. El vínculo social irá aflojándose sucesivamente, el ciudadano virtuoso gemirá, los malvados de talento, conociendo la depravación general, tratarán de aprovecharse de ella; y viendo los vicios del gobierno, se valdrán de ellos para destruir los fundamentos de la moral. La arbitrariedad se sentará sobre el sólio de las leyes; la acción del gobierno se entorpecerá, si el despotismo no la auxilia; y los grandes móviles serán la osadía y la violencia. Esta es la fiel imagen del imperio romano en su decadencia; y lo es también de todas las naciones donde el fanal de las ciencias morales y políticas ha sido apagado por el despotismo.

¡Desgraciado, pues, del monarca que se declare enemigo de la verdad y de los que la buscan y siguen! ¡Desgraciado del que persiga á los sábios ó afecte hacia ellos un desprecio que no puede ser verdadero! Perseguir y despreciar la verdad, es manifestar que teme á los que enseñan: es confesar tácitamente que las operaciones de su reinado no pueden sostener el examen de la razón: es romper la unión que debe haber entre los que tienen por oficio hacer bien á los hombres, gobernándolos é instruyéndolos, es destruir el mas firme apoyo de la autoridad real, que es la opinión pública.

¿Cuándo son buenas las leyes? Cuando expresan la voluntad general de la nación y el voto del monarca. Y ¿quién puede reunir estos extremos, al parecer tan distantes, sino los escritos de los sábios que forman la opinión pública é ilustran: confirman ó corrigen la del gobierno? La ley debe salir del seno de la nación, que es la parte instruida del pueblo, y volar al pie del trono para ser sancionada. Entonces, y solamente entonces es un vínculo social: pues solamente entonces expresa la voluntad de ser ligados por ella.

Hay una reciprocación importante de deberes entre el gobierno, los sábios y la nación. La nación esta obligada á examinar: los sábios á proponer y discurrir: el gobierno á sancionar la opinión pública, ó manifestar las correcciones que deben hacerse á los resultados de las discusiones: deberes todos fáciles de cumplir, porque

estando fijados por la naturaleza misma los derechos de cada uno, ninguno puede traspasarlos, y porque la opinión general no sufre mas yugo que el de la razón: la espada y el cetro no pueden nada contra ella.

#### §. IV. Objeciones y su solución.

*Hi & audaces & mali, & perniciosi cives mutantur; qui incitant populi animos ad seditio-  
nem, aut qui largitione caccante mentes imperitorum.* Cic: pro Sest.

La mas fuerte objeción que puede hacerse contra los principios anteriores consiste en la versatilidad de los pueblos, en su propensión á mudar de ideas, y en el ejemplo que han dado algunas naciones de la variación en las opiniones que parecían mas afirmadas. La revolución de Francia ha sido un monumento de la perpetua infancia y los eternos errores del género humano. La opinión pública ha sido tan variable como los hombres y los acontecimientos. Cada vez que un nuevo partido formaba una nueva y mal segura basa para el edificio social sobre la ruina de las anteriores, las plumas de los escritores, los gritos de las tribunas y la voz de todo el pueblo condenaban al olvido y al desprecio la constitución antigua que poco antes habia mirado como el mejor de los gobiernos, y enzalsaban hasta las nubes el nuevo plan de administración, que habian de maldecir antes de un año. ¿De qué sirve, pues, la opinión pública? ¿Qué caracteres tiene de verdad ni de utilidad, cuando se muda al placer de los partidos, y se altera segun la inconstancia de los sucesos?

La misma versatilidad que tuvo en Francia la opinión pública acerca de las ideas y principios políticos, la tuvo tambien acerca de los hombres. Necker, el ídolo de la nación en la época de la convocación de los estados generales, no debió su salud sino á la fuga. Lafayette y Bailly, primeros apóstoles de la libertad, perdieron el uno el honor y el otro la vida. Mirabeau murió cuando ya empezaba á decaer su crédito. No hablemos de los girondistas, de los terroristas, de los moderados, que sucesivamente se fueron enviando al cadalzo. El pueblo asistia á sus suplicios con el mismo placer que el dia antes los habia aclamado en las tribunas. En fin, vino Bonaparte que aniqui-